

Hacia una democracia internacional

(De *El Sol*, Madrid, Dicbre. 14-1924).

EN el discurso de la Corona británica pronunciado el día 9 en la inauguración del nuevo Parlamento hay una noticia que puede interesar a los países de lengua española. He aquí lo que anuncia el Rey de Inglaterra: «He recibido del Presidente y el Gobierno de la República Argentina una invitación para que el príncipe de Gales visite la Argentina el próximo año. Gustosamente he aceptado esta invitación en nombre de mi hijo».

Tras el príncipe heredero de Italia, que estuvo hace pocos meses en la Argentina, irá, pues, el de Inglaterra. El entusiasmo con que recibieron al italiano en tierras del Plata fué, como suele decirse, de los que hacen época. En todas estas solemnidades entra siempre por mucho el arte escenográfico. Pero en el caso del príncipe de Italia parece que el pueblo argentino tuvo una participación espontánea y cordial en los homenajes. Sin duda contribuyeron a ello la lozana juventud, el despejo mental y la humana simpatía del visitante, más los lazos de población, riqueza y cultura que unen estrechamente a Italia y la Argentina. No es frecuente que estas ceremonias oficiales organizadas por los Estados reciban la corroboración popular. Mucho depende de quiénes son los Estados y las personas que los representan.

La visita del príncipe inglés no desmerecerá probablemente de la de su compañero el italiano. Si ha de creerse a los que le conocen, también su mocedad irradia ese atractivo que nace de una complexión bien constituida, de una inteligencia ágil y clara y de un discreto conocimiento del mundo. Añádase que Inglaterra tiene caudalosos intereses en la Argentina, y que fué el primer Estado europeo que reconoció de hecho, en 1825, con su Tratado de Amistad y Comercio, a la entonces naciente República sudamericana. La invitación que el Presidente y el Gobierno argentinos han cursado al príncipe de Gales por el conducto constitucional de la Corona y el Gobierno de Inglaterra, responde, sin duda, al propósito de celebrar ese centenario con la presencia del heredero del primer trono que aceptó la independencia argentina. Estos vínculos de libertad son siempre el mejor fundamento de las relaciones entre Estados y pueblos, y borran hasta las diferencias sobre formas de Gobierno. En la libertad se encuentran algún día todas las naciones y todos los hombres. Es la más fecunda siembra en la Historia.

Gustosamente dice el Rey de Inglaterra que ha aceptado la invitación argentina. No es para menos, porque significa una distinción especial que una democracia americana estime de oportunidad política estos contactos personales con las monarquías europeas, y también porque así tendrá el príncipe de Gales ocasión de extender el radio de la escuela internacional y pública a que, desde hace años, viene asistiendo como heredero de la corona de un gran imperio. En el mismo discurso anuncia su padre el acuerdo de enviarle, también el año próximo, al sur de Africa, a las posesiones británicas del Africa occidental y a Santa Helena, donde acaso converse,

con provecho, con la sombra de Napoleón. Con estos viajes y con los que ya tiene hechos a la India y a los Estados Unidos, más su comercio diario con su propio pueblo y con otros del Continente que suele frecuentar de incógnito, puede decirse que su educación será una de las más democráticas y universales que haya recibido nunca un príncipe heredero, sin excluir a su padre y a su abuelo Eduardo VII.

Hoy el mundo es una especie de gran República federativa, donde los Estados individuales no pueden vivir solitarios ni en contradicción con los sentimientos e intereses generales de la totalidad. La idea de autocracia repugna ya a la federación intercontinental que de hecho, aunque no todavía de Derecho, forman las naciones civilizadas. El más poderoso imperio, como Inglaterra, no podría sostenerse indefinidamente por la simple fuerza, ni en sí mismo ni en sus relaciones con los otros Estados. Su grandeza y su continuidad han de fundarse en la razón, que es la justicia dentro de sus fronteras y en todo el ámbito del planeta. El mundo se hace de día en día más independiente, en Derecho, en cultura, en economía. El viejo concepto de la soberanía absoluta, de «en mi casa mando yo y hago lo que me da la gana», está ya en patente crisis, como doctrina y como realidad. Esta es la enseñanza que les conviene aprender a los futuros jefes de Estado, y para ello nada mejor que darse unas cuantas vueltas por el mundo y sentir por contacto inmediato sus nuevas pulsaciones ideales.

En épocas de autocracia, la educación de los príncipes consistía en aislarlos del medio ambiente, para que la lejanía fomentase en los súbditos la conciencia de su sumisión y en los príncipes la de su poder. Con el advenimiento de la democracia, su educación ha necesitado democratizarse también, adaptarse al nuevo concepto de la soberanía nacional. En esto, la educación de la realeza inglesa contemporánea es ya clásica. Pero tampoco bastaba. Era preciso instruir a los jefes de Estado de mañana no sólo en el respeto a la voluntad de la propia nación, sino también en el respeto a la conciencia de otras naciones. En este punto hay que reconocer que no sólo las autocracias, sino algunas democracias, han menospreciado más de una vez el sentir de ese espíritu difuso que se llama conciencia internacional y que vigila y juzga el proceder de los Estados, aunque se trate de cuestiones internas. Ejemplo de ese desdén fué la actitud de algunos gobernantes franceses, como Millerand y Poincaré, frente a la reprobación externa que produjo su política del Ruhr. Pero a la postre la democracia francesa, más sensible que sus hombres de Gobierno, acabó acatando ese reproche del mundo y dió el poder a los que mejor lo interpretaban.

La educación del príncipe de Gales, acercándose alertamente a tantos pueblos propios y extraños, señala la nueva tendencia a democratizarse internacionalmente que se advierte en los Estados modernos, por el órgano de sus jefes y gobernantes. Hoy un país civilizado no puede desatender las palpitations del mundo circundante, que le estimulará o le asfixiará según que tenga en cuenta o desdeñe sus latidos. Pero ésta es la escuela superior de una nueva democracia que se está constituyendo entre Estados y pueblos. Previa a ella es la escuela elemental de